

IV

UN CORAZÓN BAJO UNA PIEDRA

La reducción del universo á un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios: esto es el amor.

—  
El amor es la salutación de los ángeles á los astros.

—  
¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor!

¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo! ¡Oh! ¡Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios! Se comprendería que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor.

—  
Basta una sonrisa vislumbrada por bajo un sombrero de crespón blanco con adornos de lilas, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

—  
Dios está detrás de todo; pero todo oculta á Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar á un ser, es hacerle transparente.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes que están separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse, no pueden escribirse; pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.

El amor es bastante poderoso para emplear á la naturaleza entera en sus mensajes.

¡Oh, primavera, tú eres una carta que yo la escribo!

El porvenir pertenece más al corazón que á la inteligencia. El amor es el único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor es una parte del alma misma: es de la misma naturaleza que ella; como ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal é infinita, á la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta la médula de los huesos y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

¡Oh, amor! ¡adoraciones! ¡deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian uno por otro, de dos miradas que se penetran! ¡Ven-

dréis á mí! ¿No es verdad, felicidades? ¡Paseos de dos solos en la soledad! ¡Días benditos y resplandecientes! He soñado alguna vez que de tiempo en tiempo se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles, y venían aquí abajo á penetrar el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada á la felicidad de los que se aman más que la duración sin fin. Una eternidad de amor, después de una vida de amor, es un aumento, en efecto; pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad inefable que el amor da al alma desde este mundo, es imposible aún á Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Miráis una estrella por dos motivos, porque es luminosa y porque es impenetrable; pues á vuestro lado tenéis una radiación más suave y un misterio más grande, la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Entonces se muere. ¡Morir por falta de amor es horrible! ¡La asfixia del alma!

Cuando el amor ha fundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida; no son más que los dos términos de un mismo destino; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, pues! ¡Eleváos!

El día en que una mujer que pasa delante de ti desprende luz al andar, estás perdido: amas. Ya no

tienes que hacer más que una cosa: pensar en ella tan fijamente como ella tenga que pensar en tí.

Lo que el amor principia, sólo puede ser acabado por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido ó por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para su desinterés y para sus esperanzas. Se compone á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé imán; si eres planta, sé sensitiva; si eres hombre, sé amor.

Nada basta al amor. Si se tiene la felicidad, se desea el paraíso; si se tiene el paraíso, se desea el cielo.

¡Oh! tú que amas, todo esto se halla en el amor. Aprende á encontrarlo. El amor tiene lo mismo que el cielo, la contemplación y, además, el deleite.

¿Vienes aún al Luxemburgo?—No, señor.—En esta iglesia oye misa, ¿no es verdad?—No viene ya.—¿Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—¿A dónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.

¡Qué cosa tan sombría es no saber las señas de la casa de su alma!

El amor tiene cosas de niño; las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Despreciemos las pasiones que empequeñecen al hombre! ¡Honremos la que le hace niño!

Me sucede una cosa extraña. ¿Sabéis cuál? Estoy en la noche: hay un ser que al irse se ha llevado el cielo.

¡Oh! Estar echados juntos en la misma tumba con las manos enlazadas, y de tiempo en tiempo, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo; esto bastaría á mi eternidad.

Los que padecéis porque amáis, amad más aún. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguración sombría y estrellada se mezcla con este suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡Oh, alegría de las aves! Tenéis el canto, porque tenéis nido.

El amor es una respiración celestial del aire del paraíso.

Corazones profundos, ánimos ilustrados, tomad la vida como Dios la ha hecho; la vida es una larga prueba, una preparación ininteligible para un destino desconocido. Este destino, el verdadero, principia para el hombre en el primer escalón de lo interior de la tumba. Entonces se le aparece algo y principia á distinguir lo decisivo. Lo definitivo; pensad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo no se deja ver más que de los muertos. Mientras tanto, amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que no haya amado más que cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Amad á las almas y las volveréis á encontrar.

He encontrado en la calle un joven muy pobre que amaba. Llevaba un sombrero viejo, una levita usada con los codos rotos; el agua penetraba en sus zapatos y los astros en su alma.

¡Qué gran cosa es ser amado! ¡Pero más es aún amar! El corazón se hace heroico á fuerza de pasión. Sólo se compone de lo más puro; sólo se apoya en lo más grande y elevado. En él no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, que domina las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, la vanidad, la miseria, habita el azul del cielo y no siente más que las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

—  
Si no hubiera quien amase se apagaría el sol.

## V

## COSETTE DESPUÉS DE LA CARTA

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco á poco en meditación. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el oficial pasó triunfante por delante de la verja. Cosette le encontró horrible.

Volvió á contemplar el cuaderno. Estaba escrito, pensaba Cosette, con una letra hermosísima; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se echa la tinta en el tintero, y, por consiguiente, en distintos días. Era, pues, aquello un pensamiento que se había derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, á la casualidad. Cosette no había leído nunca nada semejante. Aquel manuscrito, en que veía más claridad que obscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía á sus ojos y le inundaba el corazón de una luz extraña. La educación que había recibido le había hablado siempre del alma y nunca del amor; así como si se hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas la revelaba suave y repentinamente todo el amor, el desti-